

JUNIO: MES DE LA PALABRA

13 Día del Escritor
15 Día Nacional del libro

 Editorial de
Entre Ríos

 **ER** CONSEJO GENERAL
DE EDUCACIÓN

Junio es un mes que invita a la lectura, considerando que el **13 conmemoramos el Día del escritor y el 15 el Día del libro**. En este marco, la editorial Entre Ríos sugiere distintas obras de escritores entrerrianos y la Dirección de Educación Secundaria del CGE propone itinerarios de lectura para trabajar en el aula.

PROPUESTA DE ACTIVIDADES



El baile de las vizcachas - Fabián Reato

Premio Fray Mocho 2018

Fragmento:

“La constelación del Cincel” (pp. 38 a 50)

- Luego de la lectura armarán la secuencia de la historia en 10 puntos, respetando la estructura de la narración.
- Se mencionan lugares de la provincia de Entre Ríos y algunos lugares propios de la Ciudad de Paraná...¿Pueden reconocerlos? Podemos pedir ayuda a la profesora de Geografía o Historia para que los ayude a ubicarlos.
- Investiguen sobre “La constelación del Cincel” y con ayuda de la profe de Artes Visuales, la dibujarán como más les guste y aplicando las técnicas que deseen.
- Miren los primeros 7 minutos de la entrevista realizada al escritor de la obra, Fabián Reato, y comenten ¿qué lo llevó a escribir esta obra, hay algún cuento que haga referencia al título, qué es lo que más destaca de su vida de escritor? Pueden agregar toda la información que deseen. Luego, junto a su docente, realizarán la puesta en común de la obra leída presentando todos los puntos antes desarrollados.



[El sonido de las hojas -
Episodio 18: El Baile de las Vizcachas](#)



Los inocentes - Selva Almada & Lilian Almada

Fragmento:

“Las luces” (pp. 65 a 76)

Antes de la lectura

1. “Los inocentes” es un libro integrado por cuentos de Selva Almada e ilustraciones de Lilian Almada, que fue publicado en 2019.

Las hipótesis de lectura sirven para aproximarnos al texto que vamos a leer, por eso les proponemos construir algunas, que comprobaremos después de leer el cuento. Observen la portada ¿qué elementos aparecen y cómo se relacionan? ¿Qué les sugiere el título? ¿Quiénes creen que pueden ser “los inocentes” en estos relatos?

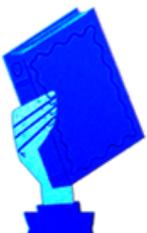
Durante la lectura

2. Uno de los seis cuentos que conforman el libro se llama “Las luces”. Para conocer a la autora y escuchar de su voz el inicio del cuento, pueden acceder a este video:



[Las Luces \(Fragmento\) - Selva Almada](#)

- ¿Qué les llamó la atención del texto que leyó Selva? En ese fragmento se menciona varias veces un personaje: la Romi. ¿Por qué creen que sucede esto? Cuando se la describe, se la presenta como “una machona”. ¿Qué significa esta palabra? ¿Por qué creen que se dice eso de ella?
- Estas primeras líneas anticipan un aspecto fundamental de la historia: la desaparición de la Romi. ¿Quién o qué pudo provocar esto? Comiencen a pensar algunas relaciones entre el título del cuento y ese suceso.



Después de la lectura

3. Seguramente conozcan otras historias (de películas, cómics, series, videojuegos) que tengan algún punto de contacto con los sucesos de “Las luces”. Anótenlas y comenten esos vínculos.

4. Si bien los cuentos son historias ficcionales, “Las luces” nos permite pensar en varios aspectos de la realidad. Por ejemplo, en cómo se conciben los vínculos familiares, en cómo se espera que deban comportarse las mujeres o en las desapariciones de niños. Elijan alguno de estos temas y elaboren una reflexión al respecto.

5. La reseña literaria es un género que tiene como objetivo comentar de manera crítica un texto, generalmente para recomendarlo al público. Les proponemos ahora leer una reseña sobre este libro, realizada por Carlos Aletto:



["Los inocentes", cuentos con infancias de Selva Almada](#)

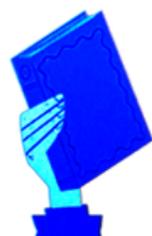
Subrayen aquellas frases que puedan relacionar con las hipótesis de lectura que realizaron anteriormente. ¿Hubo coincidencias? ¿Cuáles? ¿Alguna idea del autor expresa lo que ustedes pensaron?

Para conocer más

- Una nota a **Selva Almada** en donde la autora habla del nacimiento del libro y da varias pistas que orientan su lectura.



[Con los cuentos “Los inocentes”, Selva Almada vuelve a retratar infancias dolorosas](#)



- La cuenta de Instagram [@lilianalmada.ilustraciones](https://www.instagram.com/lilianalmada.ilustraciones), para explorar parte del trabajo de Lilian Almada y su recorrido como artista.
- Un fragmento de la presentación del libro en Villa Elisa, la ciudad entrerriana en donde Lilian y Selva vivieron su infancia:



[Presentación del libro “Los Inocentes” - Villa Elisa](#)



El país de los matreros – Fray Mocho

Fragmento:

Capítulo I. “Pinceladas” (pp. 17 a 21)

Previo a la lectura

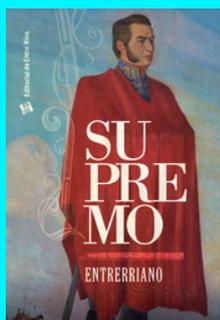
Elaborar breves textos descriptivos que expresen paisajes de la ciudad donde vives. En dichas descripciones incluir adjetivos calificativos, comparaciones, enumeración de elementos constitutivos, metáforas, etc.

Luego de la lectura

- Reflexionar acerca del carácter descriptivo del texto, es decir las imágenes visuales que construye y la cercanía o familiaridad de los lugares a los que se refiere. Indagar en las estrategias discursivas que permiten configurar las caracterizaciones.
- Seleccionar un párrafo en el que se detalle la descripción del paisaje entrerriano y realizar una pequeña muestra fotográfica con imágenes tomadas del río Paraná que se complementen con algunos fragmentos del texto. Las fotografías pueden ser tomadas por los propios alumnos en alguna excursión.



- Seleccionar un párrafo en el que se detalle la descripción del paisaje entrerriano y realizar una ilustración gráfica. Puede ser un dibujo a mano alzada o bien una imagen creada con IA. En este último caso, verificar que lo elaborado por el software sea coherente con el texto y la visión del escritor.
- Realizar una reseña del capítulo, a modo de recomendación, en formato de video breve, estilo “reel”. El objetivo es convencer a un posible lector de que le dé una oportunidad al libro para su abordaje. Incluir posibles estrategias argumentativas.
- Realizar infografías, es decir producciones que combinan textos con imágenes. Incluir fragmentos del capítulo y fotografías propias que representen coherentemente el lugar. El objetivo de las infografías puede ser promocionar el lugar para realizar turismo.
- Realizar una producción audiovisual acerca de la figura de Fray Mocho, autor del libro, y de su relevancia en la literatura entrerriana y argentina.



Supremo Entrerriano - AA.VV.

Fragmento:

“Cepeda: el comienzo de un nuevo orden” (pp. 59 a 63) -
Maximiliano Galimberti / Lorena Muñoz

Antes de realizar la lectura, generar interrogantes tales como:

¿Qué pasó en 1810? ¿Cómo se organizaba el país? ¿Qué tipo de gobierno existía?

Estos interrogantes pueden ser trasladados a docentes de otros espacios curriculares como Ciencias sociales e Historia para la obtención de mayor información.



Una vez realizada la lectura investigar sobre:

- La batalla de Cepeda
- Gervasio Artigas
- La tregua de Dios

Resumir en una o dos oraciones, lo que Diego Luis Molinari cuenta en “¡Viva Ramírez!” (p. 61).

Realizar representaciones ilustradas/audiovisuales sobre Francisco Ramírez y la Batalla de Cepeda, teniendo en cuenta el valor simbólico del personaje y los hechos.

Con lo investigado, más la lectura, realizar un texto breve que se vincule con las representaciones ilustradas/audiovisuales.

Dirección de Educación Secundaria

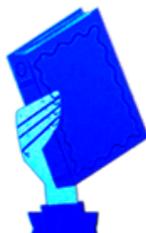
Equipo Técnico Curricular

Paula Novelli

Oscar Ríos

Alan Behler

Washington Atencio



ANEXO: FRAGMENTOS DE OBRAS



El baile de las vizcachas - Fabián Reato

Premio Fray Mocho 2018

Fragmento:

“La constelación del Cincel” (pp. 38 a 50)

—¿Hola? ¿Mencho?

Hacia años que nadie me llamaba así, tal vez desde que me vine del pueblo a vivir a Paraná. Así me decían en el colegio y un grupo de amigos del barrio. Según me cuenta mamá, a ese apodo me lo puso mi abuelo cuando yo era un bebé, no sé bien por qué. Pero al empezar la facultad, aquí en la ciudad, empecé a presentarme como Jorge y el antiguo apelativo fue quedando en el olvido.

—Habla Norberto. Norberto Velázquez. ¿Te acordás de mí?

Claro que me acordaba. Norberto iba a mi curso y siempre fue un poco raro. O raro para nosotros, para una infancia de pueblo de hace veinte años. Era el que prefería leer antes que ir a pescar o jugar al fútbol; el que hacía preguntas en clase que el profesor no sabía contestar; el que jamás se peleaba con nadie y se sentaba en el primer banco; el que pedía un juego de preguntas y respuestas para Reyes. Aclaro: no era solamente el clásico traga, era eso más un gran interés por todo.

—Estoy de paso por acá, haciendo unos trámites. Tu tía me dio tu número de teléfono y me gustaría que nos encontremos para charlar un rato, si es que tenés tiempo y ganas.

No tenía ni una cosa ni la otra, pero tampoco el valor para negarme o la rapidez mental para inventar una excusa valedera y creíble.

Quedamos para la tarde, en El Flamingo.

Cuando llegué, Norberto ya estaba ahí frente a un pocillo de café vacío y una notebook. Nos reconocimos sin transiciones. Al menos él no había cambiado mucho y conservaba aquella expresión de asombro permanente, ojos grandes muy abiertos y

una mirada con las cejas levantadas. Se puso de pie y me saludó con un abrazo estrecho. Lo primero fueron las preguntas convencionales, un poco nerviosos por el reencuentro. Después de tantos años, éramos casi unos desconocidos con algunos recuerdos comunes.

Más relajados, nos contamos algunas cosas de nuestras vidas. Yo estaba de novio con una chica desde hacía cuatro años y trabajaba como abogado en un estudio jurídico. Él estaba solo y había vivido cinco años en Perú y dos en Guatemala. Ambos hacía un largo tiempo que no habíamos vuelto al pueblo y prácticamente no manteníamos contacto con nuestros ex compañeros de colegio.

—Estuve un tiempo largo viviendo en la selva ecuatoriana, aprendiendo mucho de un chamán.

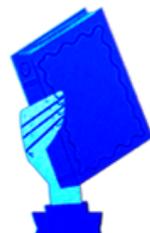
Me aburrían esos temas. Hasta entonces, mi vida estaba asentada en el más puro racionalismo, muy lejos de las cábalas y los horóscopos. Nada me interesaba menos que la falsedad del esoterismo o la religión. Pero no me fue difícil fingir interés o concentración y hacer como que lo escuchaba.

—Aprendí muchas cosas y crecí espiritualmente. Entendí que todos los acontecimientos, aún los que consideramos más nimios e intrascendentes, aquellos que nunca recordaremos, tienen su consecuencia en nuestra vida. Esta charla, por ejemplo. Tal vez mañana no tengas ningún registro de ella, pero de algún modo influenciará el resto de tu vida.

Me quería ir, sentía que estaba perdiendo el tiempo. Mientras Norberto hablaba, yo pensaba que podía estar haciendo otra cosa, como adelantar trabajo o caminar por el parque. Lo que sea sería más interesante que escuchar la cháchara pseudocientífica, basada en datos improbables, fundamentada en historias irrisorias. Hablaba de chacras, energías y talismanes. Mencionaba la palabra “destino” a cada momento.

—El destino no existe. Sólo hay caos y azar —dije sin pensarlo y sin que me importara demasiado.

Norberto se sonrió y dijo que quería mostrarme algo. Buscó en su computadora y abrió una fotografía. Era de más de diez años atrás. Seis muchachos adolescentes jugábamos un partido de fútbol en un descampado. Me emocionó un poco reconocerme en ese flacucho pelilargo que se preparaba para patear un pase para el que había sido mi mejor amigo en aquella época de mi vida y que murió cuando todavía no tenía veinte años.



—¡El Guille! Creo que no tengo ninguna foto con él. No me acuerdo cuándo fue esto.

—Fue exactamente el 26 de julio de 2002. Lo sé porque era mi cumpleaños y papá me había regalado la cámara fotográfica. La llevé al potrero, donde estaban ustedes, cerca de la estación, y aproveché a tomar la foto.

No recordaba la ocasión, podría haber sido cualquier día de mi adolescencia. Pero la imagen de Guille me trajo una tristeza melancólica.

—Hay algunos que no reconozco. ¿A ver? ¿Ese es Mondragón, no? ¿El que le decíamos Pata de Catre?

—Ese mismo. También falleció.

Yo no sabía, no lo había vuelto a ver desde que me vine y tampoco escuché nada sobre él.

—Murió en un accidente en la ruta. Dicen que se durmió manejando la camioneta del padre.

—¿Y este? ¡Ah! Carlitos, Carlitos Pacheco. Me acuerdo. Ese es Miguel y el de atrás el Pancho. ¡Mirá vos! El Pancho también falleció. ¡La puta madre!

—Así es. ¿No te parece raro?

—¿Qué cosa?

—Que en una foto haya tres muertos, tres personas jóvenes fallecidas.

—Es casualidad, suelen pasar esas cosas.

—¿Eso creés, verdaderamente? ¿No tenés dudas? ¿Aunque sea un poco de asombro de que en una fotografía que no tiene ni veinte años y en la que hay seis personas jóvenes ya hayan muerto tres de ellas?

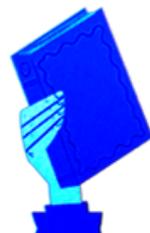
—No tengo ninguna duda de que se trata de una casualidad. Si tu papá no te hubiese regalado la cámara de fotos ese día, esas tres personas se hubiesen muerto igual y nosotros no estaríamos ahora hablando de esto.

—OK. A ver cómo explicás esto.

Norberto tomó un anotador que tenía en su bolso y una birome. Entonces, anotó cuatro fechas: 26/07/2002, 15/06/2005, 05/06/2008 y 26/04/2011. Luego, exhibió lo escrito frente a mí.

No me significaba nada y no entendía de qué se trataba. Le demostré mi indiferencia con un resoplido. Aquello me estaba cansando.

—La primera es la fecha en la que tomé la fotografía. La segunda, la muerte de Mondragón. La tercera, cuando murió Guille. Y la cuarta es el día que falleció Pancho.



—¿Y? Está claro que sabés bien a dónde querés llegar así que cortala con el misterio —me irrité.

—Muy, bien. Te lo digo claramente y de corrido. Hace un tiempo empecé a sentir que las muertes de los tres tienen que ver con esta fotografía, pero no encontraba ninguna relación lógica, algún dato certero de la realidad que me lo confirmara, más que esta imagen. Hasta que me concentré en las fechas. Entre el día en que tomé la fotografía y la muerte de Mondragón hay exactamente 1.055 días. Entre esa fecha y la muerte de Guille, otros 1.055. Y, ya te habrás dado cuenta, 1.055 días después falleció Pancho. ¿Te parece eso otra casualidad?

No supe qué contestar. Si se había dado esa sincronía, si se habían repetido los mismos lapsos entre muerte y muerte, aquello era inexplicable. Pero podría ser un invento de Norberto, una alucinación en su loca búsqueda de hechos extraordinarios y sobrenaturales que confirmaran sus teorías y justificaran su vida consagrada a la búsqueda del misterio.

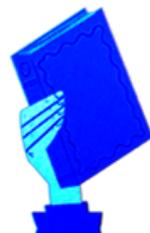
—Pero no me conformé con ese dato. Y me pregunté, ¿por qué han muerto Mondragón, Guille y Pancho si en la fotografía hay otros tres más? ¿Por qué en ese orden? Y, ¿seguirá otro u otros más? ¿Quién o quiénes serán? ¿Cuál es el motivo de que sean exactamente periodos de 1.055 días? Dedicué días y noches a investigar eso. Consulté matemáticos, tarotistas, médicos. Recorrí bibliotecas y navegué durante horas en Internet. Hasta que descubrí el dato que sería fundamental, la punta del ovillo. Hizo una pausa y se sonrió otra vez. No le iba a preguntar cuál había sido su epifanía.

—Me puse a observar el mapa celeste de la zona en que tomé la fotografía y de cada uno de esos días. La coincidencia es que en cada fecha, la constelación del Cincel estaba en su punto de mayor visibilidad.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Vos sos de los que creen que unos astros perdidos en el universo son los que determinan nuestra vida y muerte?

—Mirá.

Buscó otra imagen en su computadora y me mostró un mapa cruzado por líneas verticales y horizontales que dibujaban cuadrantes. Allí, cuatro círculos negros de diferentes tamaños unidos por líneas rectas. Supuestamente, dibujaban un cincel, aunque el ojo debía esforzarse mucho para formar esa imagen.



—Esta es la constelación, también se la conoce como Caelum o constelación del Buriel. Es difícil de ver a simple vista y sólo se divisa en el hemisferio sur. Si mirás con atención y sobreponés el mapa con la fotografía verás algo muy interesante: las tres primeras estrellas de la constelación están ubicadas en la misma posición que están Mondragón, Guille y Pancho en la fotografía, y en el mismo orden en que se produjeron sus muertes. Cada 1.055 días, la constelación vuelve al mismo cielo para llevarse a uno. Esa es la lógica.

—Pero esa constelación tiene cuatro estrellas, es decir que falta uno...

Norberto hizo silencio y asintió moviendo la cabeza.

Miré otra vez la fotografía. Mondragón estaba en el borde de la cancha, Guille, unos metros más atrás y Pancho más o menos a la misma altura que Mondragón. Los tres formaban un ángulo obtuso, como el de la figura de la constelación. Pero el dibujo de las estrellas continúa con otra línea recta hacia otro punto que está más abajo. En la fotografía, en ese costado, habemos dos jugadores más. Claramente, era yo el punto que se tenía que unir con Pancho.

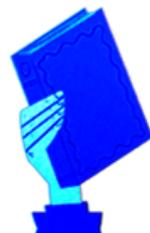
—¿Sigo yo?

—Todo parece indicar que sí —respondió.

Me reí. Estaba nervioso y confundido. Le dije que no le creía nada, que seguramente había algún error, que los días entre fecha y fecha no eran 1.055 o que la constelación no existía y todo lo había inventado él, o que era una broma organizada por mis ex compañeros de curso y que a fin de año nos íbamos a reencontrar en un asado en el pueblo y nos íbamos a cagar de risa. Porque la gente no se muere por estar en una fotografía, y las estrellas tienen la misma importancia en nuestras vidas que las rocas o los hurones.

—Vos tenés la ventaja de que sabés de antemano lo que puede pasar y cuándo. El 16 de marzo la constelación estará nuevamente en el cielo del pueblo. Desde ahora y hasta entonces, cuidate mucho, cuidá tu salud, estate prevenido ante cualquier peligro. Ninguno de los otros tres sabía de esto. Dos murieron de muerte natural y el otro por accidente. Cualquiera puede ser la forma o el medio. Pero yo estoy convencido de que podremos evitarlo.

Miré la hora y ya debía irme. Aunque no creía nada de aquella estafalaria teoría le pedí que me enviara la foto y le escribí en una servilleta mi dirección de correo electrónico.



En la despedida, le di la mano y evité el abrazo. Cuando salí del bar me prometí olvidarme de esa historia.

...

Esa noche le dije a mi novia que no nos veríamos porque me sentía muy cansado. Cené liviano, miré un poco de televisión, y cerca de las 11 ya estaba acostado. A las 11 y 20 apagué la luz y me dormí sin transiciones.

Después de las 2 me desperté desvelado, como si hubiese dormido una larga noche. Fumé un cigarrillo en la penumbra. Había un silencio profundo, oscuro. A esa hora, la ciudad estaba inmóvil y serena. No pude retomar el sueño.

Me levanté, me senté frente a la computadora y busqué en Internet la constelación del Cíncel. Efectivamente, existía. Pero yo no había dudado de eso. Si Norberto había inventado aquello no iba a cometer el error de partir de un dato que se podía verificar tan fácilmente. Después, calculé los días entre las fechas de las muertes y también era como él decía: 1.055 días. Luego, estuve media hora (o más, tal vez) mirando la fotografía que me había enviado Norberto. Apagué el último cigarrillo (fue definitivamente el último porque entonces dejé de fumar) y miré el almanaque. Faltaba un poco más de un mes para el 16 de marzo, el día de la constelación del Cíncel.

Ese mediodía almorcé con Irene, mi novia. Estaba muy animada y me habló de planes y proyectos de trabajo. Me propuso que en el invierno viajásemos a Bariloche.

—¿Te acordás que no pude ir con el colegio porque me enfermé? Siempre tengo eso como una cuenta pendiente.

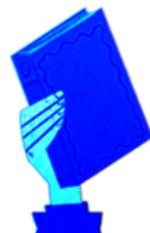
Le dije que íbamos a ver, que todavía faltaba mucho.

Continuamos la comida casi en silencio, apenas comentando algunas cosas del restaurante.

A la noche me preguntó si me pasaba algo y entonces me di cuenta de que me preocupaba mucho la proximidad del 16 de marzo.

Pocos días después fui al médico. Le hablé de temores ante algunos síntomas que antes no tenía, que podía escuchar el latido de mi corazón antes de dormir, que me habían aparecido algunos dolores y molestias después de comer, que me despertaba a la madrugada y me costaba volver a dormirme.

Me propuso un chequeo general, con análisis y estudios de todo tipo, pero opinó que seguramente estaba afectado por el estrés y las preocupaciones.



Una semana después, los estudios dieron bien y no había de qué preocuparse.

—Tenés una salud de fierro. Lo más recomendable es que dejes de pensar, que te concentres en otras cosas. Salí, divertite, disfrutá de tu familia, de tu novia —me aconsejó. Como si eso hubiese sido fácil.

En la computadora del trabajo, en mi casa, en el teléfono mientras hacía la cola en la caja del supermercado, miraba una y otra vez la fotografía de la desgracia. Buscaba alternativas, intentaba descubrir que la fatídica disposición de las estrellas se replicaba en otro de los jugadores y no en mí. Pero no había manera de encontrar algún error, sólo yo completaba la figura.

...

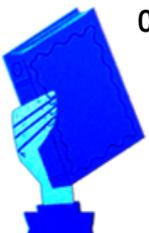
Todos los días siguientes estuve distraído en el trabajo. Cometía errores, me olvidaba de cosas importantes como vencimientos o reuniones y no podía encontrar las palabras justas para un escrito judicial por más sencillo que fuera. Sólo pensaba en que tal vez la calamidad de la fotografía tomada en un potrero, un día cualquiera de mi juventud, era cierta y me quedaban pocos días de vida. Decidí pedir vacaciones adelantadas y volver después de la fecha aciaga. Si volvía.

También decidí hablar con Irene. No podía contarle ni de la foto ni de la teoría de Norberto pero sí sugerirle que algo podía suceder. Le dije que debía empezar a plantearse nuevas posibilidades, abrirse a nuevas relaciones, conocer otra gente, porque quizás en poco tiempo no íbamos a estar más juntos y me enredé en un galimatías que ni yo comprendía con certeza.

—Yo también necesito un tiempo —me sorprendió.

Ella me confesó que en los últimos días no se había sentido bien conmigo, que yo había cambiado mucho y que algunas veces no tenía ganas de verme. Pactamos un distanciamiento hasta tanto pudiésemos aclarar nuestros sentimientos. Era lo mejor para ambos.

Solemos creer que si supiéramos con certeza que nos queda poco tiempo de vida haríamos esas cosas que siempre quisimos. Viajar, divertirnos, probar nuevas experiencias, decir lo que nunca dijimos. Sin embargo, todo pierde interés cuando sabemos que la vida se termina. El ansia es seguir viviendo. Por ello, durante esos días me encerré en mi casa a bucear en Internet buscando historias similares a la mía o investigando sobre fenómenos sobrenaturales. Salía nada más que a comprar comida o visitar a mi madre. Iba a diario a su casa y charlábamos de cuestiones



cotidianas. Nada supo, entonces, de mis temores, ni de la supuesta proximidad de mi muerte. Si eso sucedía, yo quería que le quedase el consuelo de haberme tenido a su lado los últimos días.

En las vísperas de la fecha de mi fallecimiento me encerré en mi casa. No iba a salir hasta que pasara ese día con el fin de evitar accidentes u otras posibles causas de muerte. Esperé despierto el amanecer de mi último día y vi nacer el sol en un cielo limpio y brillante, desde la ventana de mi cuarto.

Al mediodía hice algunas llamadas telefónicas: a mi madre, a un par de amigos, a Irene y a una ex novia que no veía desde hacía años. A todos les hablé de cuestiones corrientes, me mostré interesado en sus cosas y les dije que estaba tranquilo y satisfecho con mi vida. Quería aprovechar la insólita oportunidad de elegir cuál sería el último recuerdo que ellos tendrían de mí.

El resto del día lo pasé escuchando música, leyendo algunas cosas y pensando. Al anochecer escribí una carta en la que contaba la historia de la fotografía en el potrero, la constelación y las otras muertes. Dejé la puerta de entrada sin llave y antes de las 21, más o menos, me quedé profundamente dormido en el sillón del living.

Cuando abrí los ojos estaba clareando y ya era el día después. Había sobrevivido.

Salí al balcón y grité: ¡Buen día, día! Era más que no haber muerto, era comenzar de nuevo.

Necesitaba con urgencia compartir mi alegría con alguien y sólo podía hacerlo con Norberto. Nadie más entendería lo que sentía. Marqué su número, el teléfono llamó varias veces y se cortó sin que me atendiera. Pensé que estaría durmiendo y no me importó. La novedad justificaba que se despertara. Insistí, varias veces, hasta que me atendió una voz de mujer.

—Perdón, pensé que era el teléfono de Norberto Velázquez —me justifiqué.

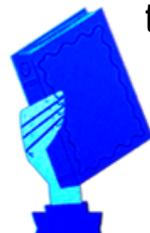
—¿Quién habla?

—Soy un viejo amigo de Norberto. Nos reencontramos hace poco después de mucho tiempo y tenía algo importante que contarle.

—Yo soy la hermana —dijo después de un silencio— en realidad, era. Porque Norberto falleció. Ayer se suicidó.

...

Volví a mi vida de antes. Retomamos la relación con Irene e hicimos planes de viajes y también de vivir juntos.



Pocas veces recordaba la profecía incumplida. Mi conclusión fue que Norberto había padecido algún problema psiquiátrico, un desorden emocional que lo llevó a pergeñar la historia de la fotografía en base a algunos datos reales, otros inventados y que, finalmente, no soportó su propio delirio y terminó suicidándose. Así iban a quedar esos días en mi recuerdo.

Pero en los meses siguientes tuve la oportunidad de afianzar una amistad con un cliente del estudio jurídico. Era un viejo profesor de Matemáticas al que le gustaba mucho leer y que hacía gala de una mente racional y deductiva.

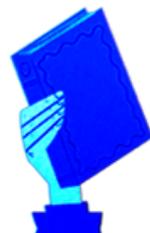
Una noche lo invité a cenar en casa. Después de la comida y cuando íbamos por la segunda botella de vino me animé a contarle aquella anécdota. Le mostré la fotografía del potrero, el diagrama de la constelación del Cincel, las fechas de las muertes. Le hablé de Norberto y de su terrible final, le conté de esos días en los que viví desahuciado.

—Por alguna razón —le dije— el artilugio falló en su última etapa.

El profesor no agregó nada a ese comentario. Se mantuvo concentrado mirando y estudiando alternativamente la fotografía y la constelación. Me pidió hacer una impresión en papel de cada una de las imágenes. Luego, puso una sobre otra y observó a trasluz.

—No hubo falla, la profecía se cumplió. Vos no eras el marcado por la cuarta estrella, porque estabas muy cerca del tercero. El que seguía estaba fuera de la cancha. Era quien tomó la foto, tu amigo Norberto.

Entonces recordé sus palabras: “Todos los acontecimientos tienen alguna consecuencia en nuestras vidas”.





Los inocentes - Selva Almada & Lilian Almada

Fragmento:

“Las luces” (pp. 65 a 76)

La última vez que la vimos a la Romi fue ese fin de semana en lo del tío Daniel. La Romi no es parienta nuestra, es la hija de la novia del tío. Pero con nosotros era una más, como hubiera sido una prima si hubiésemos tenido prima. Yo y Luis somos hermanos (el burro adelante para que el de atrás no se espante). Tapita es primo nuestro y único hijo. Y Nelson también es primo y tiene hermanos pero son más grandes así que no se juntan con nosotros. El grupo cuando íbamos al campo, a lo del tío Daniel, éramos nosotros cuatro y la Romi. Que era como nosotros, pero mujer. Usaba el pelo corto, sabía jugar a las pulseadas, andaba a caballo y a veces hasta usaba nuestra ropa porque era más cómoda, decía. Mi madre, que no la quiere a la novia del tío, decía que la Romi era una machona. Igual qué sabrá ella.

A veces pienso que de haber sabido que no la veríamos más, hubiera hecho fuerzas para grabarme en la mente cada hora, cada minuto de ese fin de semana.

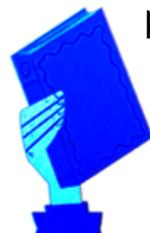
Cuando llegamos ella nos esperaba en la tranquera. Estaba acaballada en el borde y cuando vio venir la camioneta de mi padre empezó a revolear un pañuelo como los domadores en las jineteadas. Nosotros la vimos bien, desde lejos, porque veníamos atrás, en la caja, parados. A medida que nos acercábamos Nelson y Tapita le respondieron moviendo los brazos y yo y mi hermano golpeamos el techo de la chata con las palmas hasta que mi padre sacó la cabeza por la ventanilla y nos gritó: dejen de joder, guachos de mierda. Seguro a mamá le dolía la cabeza, como siempre, siempre con su migraña. Siempre que veníamos al campo le dolía la cabeza y se quedaba encerrada en la pieza con la persiana baja. Yo creo que era para no cruzarse con la novia del tío.

La Romi bajó de un salto y abrió la tranquera con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía una paleta medio encimada arriba de la otra, pero no le importaba, decía que ni loca se ponía los aparatos. Cerró al paso de la chata y después corrió atrás. Mi padre ni se molestó en esperarla. Luis le estiró una mano y la ayudó a subir. De esa parte me

acuerdo clarito, capaz porque recién llegábamos y tenía la mente más despejada. Ayudamos a bajar los bolsos y los tiramos rápido en la pieza. Los fines de semana que veníamos al campo no queríamos perder ni un solo minuto. Afuera la Romi nos esperaba con las cañas de pescar y los mediomundo para irnos al arroyo. No me acuerdo si pescamos. Capaz que sí pero puro pescado chico y lo devolvimos al agua. De lo que sí me acuerdo, porque era la primera vez, fue que fumamos. Nelson les había robado unos puchos a los hermanos. Fósforos teníamos porque nos gustaba hacer fuego. Nelson ya había probado y la Romi dijo que también. Nosotros la miramos sospechando que mentía, de agrandada. Ella blanqueó los ojos y dijo: mi madre fuma, siempre le robo uno. Tapita, de envidioso, dijo: qué feo una mujer fumando. A mí no me parecía feo aunque ninguna mujer de mi familia fumaba. Al contrario, me parecía lindo cuando lo veía en las películas o en la calle. Nelson, haciéndose el canchero, le dijo a la Romi: a ver ya que sabés tanto prendelo vos. Y ella lo prendió y soltó el humo, sin toser, y después se lo pasó a Nelson que, aunque sabía fumar, un poco se atragantó.

Empezaba el verano. Eran las últimas semanas de escuela antes de las vacaciones, la mejor época del año. Hablamos de eso, seguro, de las vacaciones, de venirnos todos al campo si el tío Daniel quería, si nuestros padres nos dejaban. La Romi iba a estar ahí, siempre estaba ahí cada vez que íbamos. Por lo menos estaba ahí desde hacía tres o cuatro años, desde que su madre se había juntado con el tío. Yo no me acordaba cómo era el campo antes de ella. Mi hermano que es más grande terminaba séptimo y empezaba el secundario. A nosotros y a la Romi nos quedaba un año más. Seguro hablamos de lo que queríamos ser cuando fuéramos grandes. Siempre se hablaba de pavadas así. La Romi siempre decía: no sé, no me importa. Luis le decía que era una bruta, que cómo no iba a saber. Pero ella en vez de contestarle, de inventar cualquier cosa, le hacía fakiu. De verdad no le importaba ser astronauta ni famosa ni millonaria como a nosotros.

Después no me acuerdo qué hicimos el resto del día, pero a la noche nos metimos en el tanque australiano. Teníamos prohibido ir cuando no había adultos presentes. Esperamos a que todos se durmieran. Eso pasaba bastante rápido cuando estábamos en el campo: esas noches todos tomaban de más y si no empezaba alguna discusión que los ponía jetones, terminaban durmiéndose arriba de la mesa. Las tías también tomaban. Solamente una copita de sidra, decían, pero el ruido de los tapones saltando por el aire se escuchaba cada vez más seguido y ellas empezaban a reírse como



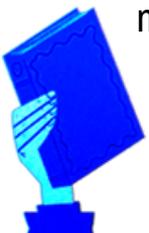
tontas, de cualquier cosa.

En la superficie del agua se reflejaban las estrellas, pero todo lo demás era negro. Apenas nos veíamos nosotros recortados contra los bordes de chapa. La parte de adentro del tanque siempre estaba babosa, igual que el fondo. Igual jugábamos a taparnos la nariz y tocar ese fondo resbaloso, quedarnos acurrucados abajo del agua hasta que no dábamos más.

Esa noche, cuando ya nos estábamos por ir, vimos unas luces en el cielo. Apenitas más grandes o más cerca que el resto de las estrellas. La Romi dijo que eran ovnis, que ella veía siempre. Nelson se burló y dijo que era un avión. Los demás no dijimos nada pero nos quedamos mirando fijo las luces. No sé si de tanto mirarlas o qué, nos dio la impresión de que se movían muy lentamente, en zigzag. La Romi volvió a decir que casi todas las noches aparecían esas luces y que después de un rato desaparecían en el monte. Es como si vinieran a saludar, dijo. O como si quisieran acercarse de a poquito, como los perros cuando quieren agregarse en una casa, dijo. Tapita se rió y dijo: manso bolazo. Pero todos nos dormimos un poco inquietos esa noche pensando en invasiones de marcianos.

El domingo ya no me acuerdo tanto de lo que hicimos, los días en el campo eran como una copia uno del anterior, así que capaz fuimos de nuevo al arroyo o estuvimos nadando en el tanque australiano con las tías mientras los hombres hacían el asado, o anduvimos a caballo. O todo eso. Me da rabia no acordarme con claridad como se acuerdan los testigos o los sospechosos de un crimen en las películas. Siempre decía cómo harán para acordarse todo lo que hicieron ese día con tanto lujo de detalle. Ahora me doy cuenta de que eso es imposible, a menos que seas el asesino, entonces te acordás bien porque matar a alguien no es algo que hagas todos los días. Igual no sé por qué pienso en esas cosas. La Romi no está muerta. Yo estoy seguro de que la Romi está en algún lado, viva.

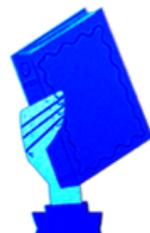
Ya está por empezar de nuevo el verano y hace un año que a la Romi la vimos por última vez, ese fin de semana. A los dos o tres días de eso, mi padre contó en la mesa que había llamado el tío Daniel, que no encontraban a la Romi por ningún lado. Preguntó si nosotros sabíamos algo, si ella nos había dicho algo el fin de semana. ¿Algo cómo?, dijo mi hermano. Algo como de irse, de escaparse de la casa, de algún noviecito, dijo mi padre con fastidio. No por la pregunta de mi hermano que era bastante normal, creo que lo que le molestaba era tener que ocuparse de alguien que ni siquiera era de la familia. Mirá si la Romi va a tener novio -dije yo- y mi madre que

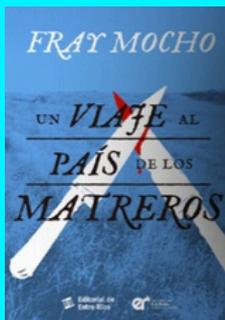


hasta ese momento no había dicho nada me dio la razón. La cosa es que la gurisa no aparece, dijo mi padre y dio por terminada la conversación. A mí se me cerró la panza y crucé los cubiertos sobre el plato.

Ese domingo cuando volvíamos del campo pasó algo. Yo enseguida no lo conecté con la Romi pero después hablando con Nelson, Tapita y mi hermano pensamos que sí, que capaz algo tiene que ver una cosa con la otra. Veníamos de nuevo los cuatro atrás, pero estaba oscuro. La noche nos había agarrado en el campo porque los grandes se habían puesto a jugar a las cartas y se había hecho tarde. Nosotros ya veníamos medio cabeceando de sueño. Al otro día teníamos escuela, por suerte eran los últimos días y no hacíamos casi nada. El camino estaba bastante fulero así que cada vez que nos dormíamos nos despertaba algún sacudón que pegaba la chata. En una de esas vimos una luz, parecida a las que habíamos visto la noche anterior, pero ésta era una sola y se movía hacia adelante, viniendo hacia nosotros, agrandándose hasta ser una esfera brillante que nos dejó encandilados, ciegos por unos segundos. Todo duró nada, pero el motor de la camioneta se paró y por un momento esa luz como un refucilo puso todo como si fuese de día. Como digo: no duró nada. Fue todo tan rápido que hasta dudamos de que hubiera pasado. Mi padre puteó y volvió a girar la llave de la camioneta, el motor hizo unos ruidos raros y arrancó otra vez, como si nada. Mis padres hasta el día de hoy nunca hablaron de eso, creo que prefieren hacer como que no pasó nada, como hacen con el resto de las cosas. Pero nosotros cuatro sí nos acordamos y casi que no hablamos de otra cosa todo este tiempo. Esa noche en lo primero que pensamos fue en la Romi, en las luces de la Romi como empezamos a llamarlas. Y después no va que ella se pierda. Nosotros pensamos que una cosa llevó a la otra, por eso sabemos que la Romi no está muerta como piensan los demás. Mi madre, que antes no la podía ni ver, ahora le prende velas y le pone flores a una foto de ella que le dio la novia de mi tío. A mí me da bronca y cada vez que paso al lado de la mesita donde tiene el portarretrato le soplo las velas. La policía interrogó a todo el mundo menos a nosotros porque somos chicos. Por eso yo repaso todos los días lo que pasó ese fin de semana, para no olvidarme de lo poco que me acuerdo, para seguir acordándome cuando sea grande y me pregunten.

Fue un fin de semana común y corriente, excepto por las luces. Y la Romi fue la mejor amiga que tuvimos aunque nunca llegamos a decírselo.





El país de los matreros – Fray Mocho

Fragmento:

Capítulo I. “Pinceladas” (pp. 17 a 21)

I

Pinceladas

a población más heterogénea y más curiosa de la república es, seguramente, la que acabo de visitar y que vive perdida entre los pajonales que festonean las costas entrerrianas y santafecinas, allá en la región en que el Paraná se expande triunfante.

Qué imponente y qué magestuoso^[1] es allí el gran río, con sus embalsados que parecen islas flotantes; con sus pajonales impenetrables que quiebran la fuerza del oleaje y defienden del embate continuo la tierra invasora que poco á poco lo estrecha y que ya luce orgullosa su diadema de seibos^[2] y de sauces; con sus nubes de garzas blancas que al volar semejan papelitos que arrastrara el viento; con sus bandadas de macaés que zambullen chacotones persiguiendo las mojarra entre los camalotes florecidos y con sus nútrias y sus carpinchos y sus canoas tripuladas por marineros de chiripá, que parece que allí no más, á la vuelta del pajonal, han dejado el caballo y las boleadoras!

Qué curioso y qué original es este gran río que lucha desesperado por ensanchar sus dominios! Cómo se defiende la tierra de sus ataques y cómo avanza, tenaz y cautelosa, aprovechando la menor flaqueza de su adversario y con qué orgullo tremola, como un pendón de triunfo, la florescencia vistosa y fragante de la vegetación que alimenta!

Aquí, el río impetuoso arranca de cuajo un pedazo de isla y le arrastra mansamente, desmenuzándole hasta dejar en descubierto los tallos trenzados de las lianas y camalotes que formaron su esqueleto.

Allá, vá á tenderlo como un rompe-olas^[3], ante un seibo veterano cuyas raices sirven de asidero á las zarzas y enredaderas que ya dibujan en su contorno un futuro albardón,

¹ Magestuoso.

² Ceibos.

³ Rompeolas.

ó lo estrella con fuerza sobre el tronco rugoso de un sauce sin hojas, paradero habitual de los enlutados biguáes encargados de la vigilancia en la comarca.

Más léjos, la tierra avanza una red de plantas sarmentosas —protejida por otra de esos camalotes cuyos tallos parecen víboras y cuyas flores carnudas, pintadas con colores de sangre sobre fondos cárdenos, exhalan perfumes intensos que marean— y, lentamente, vá extendiendo su garra sobre el río, inmovilizando sus olas, aprisionando los detritus que arrastra la corriente, hasta poder formar un albardón donde la vida vegetal se atrinchera para continuar con nuevos bríos la lucha conquistadora!

Este vaivén, esta brega de todos los instantes, dá á la región una fisonomía singular é imprime á todos sus detalles un sello de provisoriato, un aire de nómade, que, bién á las claras indica al menos observador, que ha llegado á donde la civilización no llega aún, sinó como un débil resplandor; que está en el desierto, en fin, pero no en el de la pampa llana y noble —donde el hombre es franco y leal, sin dobleces como el suelo que habita,— sinó en otro, áspero y difícil, donde cada paso es un peligro que le acecha y cuyo morador ha tomado como característica de su sér moral la cautela, el disimulo y la rastrería que són los exponentes de la naturaleza que le rodea; que se halla en el país de lo imprevisto, de lo extraño; en la región que los matreros han hecho suya por la fuerza de su brazo y la dejadéz de quienes debieran impedirlo; en la zona de la república donde las leyes del Congreso no imperan, donde la palabra autoridad es un mito, como lo es el presidente de la república ó el gobernador de la provincia.

Pensar aquí en la Constitución, en las leyes sábias del país, en los derechos individuales, en las garantías de la propiedad ó de la vida, sinó se tiene en la mano el Smith Wesson y en el pecho un corazón sereno, es un delirio de loco, una fantasía de mente calenturienta, pués solo impera el capricho del mejor armado, del más sagaz ó del más diestro en el manejo de las armas.

—¿Y cómo arreglan ustedes sus diferencias, preguntaba á un viejo cazador de nútrias, cómo zanja sus dificultades?

—Asigun el envite es la rempuesta! Si uno tiene cartas, juega, y sinó se vá á barajas!

—Es decir que aquí sólo tiene razón la fuerza?

—Ansina no más es, señor!... Aquí, como en todas partes, sólo talla el que puede!

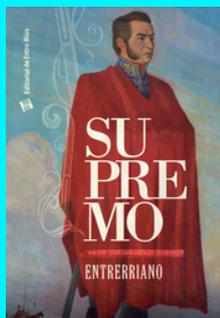
No obstante, á mérida que uno sube de las tierras bajas á las altas, la vida del hombre cambia, como cambia la naturaleza que le rodea: las pajas desaparecen bajo el manto tupido de la gramilla los seibos y los sauces són substituidos^[4] por el espinillo

⁴ Sustituidos.

el ñandubay, los ranchos no són ya miserables chozas quinchadas, sinó construcciones de paja y barro que resguardan de la intemperie.

En vez de la desolación que reina en aquellos, alegran la vista en estos algunas aves caseras y un enjambre de muchachos que juegan bajo el alero.

En las tierras altas están los hombres de responsabilidad, los diablos que se hacen santos, los que lucran con el esfuerzo de los nómades sin techo y los que, á su véz, són sus víctimas en las horas de escaséz; en las bajas, habitan los desheredados, los que recién llegan á la tierra de promisión donde no hay piquete de seguridad ni comisarios, donde á nadie se pregunta su nombre ni la causa que lo trae al desierto, ni cómo vá á vivir ó á morir.



Supremo Entrerriano - AA.VV.

Fragmento:

“Cepeda: el comienzo de un nuevo orden” (pp. 59 a 63) -
Maximiliano Galimberti / Lorena Muñoz

Luego de 1810 el denominado centralismo porteño controla el poder de las ex provincias del Río de La Plata a partir del establecimiento de distintas instituciones como, Juntas, Triunviratos y Directorios. Sin embargo, en el mismo territorio, irrumpen otras iniciativas políticas que intentan, a su manera, rivalizar en el marco de ese predominio por parte de Buenos Aires como lo es el Federalismo que prontamente se convierte en una alternativa por parte de las autonomías provinciales.

La Batalla de Cepeda, el 1º de febrero de 1820, constituye el punto final del enfrentamiento entre el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Martín de Pueyrredón, y el Protector de los Pueblos Libres, José Gervasio Artigas. Sin embargo, el protagonismo lo tendrán las montoneras federales dirigidas por Ramírez, López, Campbell y Carrera.

El valor histórico y simbólico de esta batalla en los campos de Cepeda, resulta como consecuencia de todos aquellos enfrentamientos entre el poder central establecido en la ex metrópoli porteña y las autonomías provinciales, antagonismos que se remontan a los tiempos que siguen a la revolución.

Por su parte, las cañas de tacuaras, el arma predilecta de los caudillos y sus aguerridos gauchos, fueron las vencedoras de la contienda en donde reivindicaron la libertad del sufragio dando cuenta del poder militar porteño, siendo un importante logro de la Liga de los Pueblos Libres, pero por sobre todo representó el ascenso al poder de Francisco Ramírez mientras que al mismo tiempo su líder, el Protector José Gervasio Artigas, afrontaba su derrota en Tacuarembó.

En resumen, la victoria federal en la cañada de Cepeda constituye el punto culminante de una larga serie de luchas civiles que no solo significó la derrota del ejército directorial sino también el derrumbe de un sistema superado por otro que pregonaba el provincialismo y el ideal republicano de manera que por primera vez desde la Revolución de Mayo el interior impuso condiciones a Buenos Aires.

No obstante resulta pertinente preguntarnos ¿Cuándo comenzó la Batalla de Cepeda? ¿Dónde se llevó a cabo? ¿Quiénes son los contendientes? ¿Cuánto duró? En respuesta a estos interrogantes algunos autores han denominado a esta particular batalla como “la batalla del minuto”, “la batalla de los 10 minutos”, etc. La verdad es que llevó más que eso.

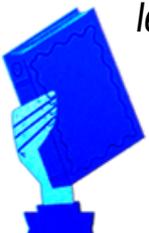
Todo inició cuando Francisco Ramírez y Estanislao López decidieron, una vez anoticiados de la posición del Director Rondeau en el Arroyo del Medio, dar la ofensiva militar sobre las tropas directoriales.

Las escaramuzas y enfrentamientos comenzaron el 31 de enero al mediodía y continuaron hasta el 1º de febrero, día en que se logró la completa derrota sobre el Directorio.

Diego Luis Molinari en ¡Viva Ramírez! nos cuenta que:

El 31 de enero de 1820, a las 12 del día, sobre el Saladillo de Cepeda chocó la montonera con las tropas directoriales, creyó Rondeau que la mudanza de posición durante la noche mejoraría su suerte pero Ramírez le arrebató las caballadas y boyadas. Quedó el Director inmobilizado y encerrado en el círculo de sus carretas. Se sentía al seguro, cuando, sorprendido en la retaguardia y flancos, se le dispersó la caballería en menos de un minuto.

En correspondencia con Artigas, el caudillo entrerriano, a partir de que se emprendieron fuertes guerrillas al descubrirse la posición de Rondeau relata que “se les mataron algunos, sin desgracia para nuestra parte”.

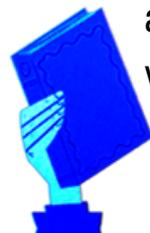


En este marco de situación para las tropas federales, someter la caballería directorial fue importantísimo, pero ahí no termina todo. La estrategia de guerra se venía desarrollando en varios frentes y desde hacía tiempo. Previamente Ramírez, en vistas de que la flota porteña perjudicaba seriamente el acceso a su provincia para aprovisionamiento, había solicitado al Protector de los Pueblos Libres que le envíe al irlandés Pedro Campbell quien con su escuadrilla sostuvo el combate en el río Paraná asaltando la escuadrilla del Directorio comandada por Hubac en primera instancia y luego por Monteverde. Los repetidos asaltos a las naves enemigas resultaron trascendentales para la estrategia de Ramírez en Cepeda, en lo que sería el mayor enfrentamiento entre el centralismo pro-monárquico porteño y el litoral artiguista.

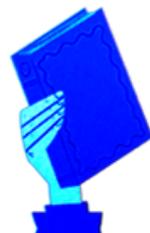
En cuanto Campbell le despejó a Ramírez el litoral paranaense de toda presencia directorial y con la caballería de Rondeau dispersa, el caudillo entrerriano se sintió triunfante. Mientras tanto el Comandante Juan Ramón Balcarce se retiraba desesperado de la contienda con los restos de la brigada de infantería hacia San Nicolás, buscando restablecer contacto con sus otros compañeros siendo perseguido por Gregorio Piris. Por su parte, el Director Supremo José Rondeau logró escabullirse entre los pajonales y huyó del mismo modo en que lo hicieron sus comandantes, reapareciendo tiempo después por Buenos Aires, cuando ya había sido nombrado un nuevo Director sustituto, Juan Pedro Aguirre. Pero para ese momento todo había cambiado.

Las consecuencias de Cepeda fueron de carácter formidable. Francisco Ramírez otorga a los vencidos una tregua de 8 días para que depongan la tiranía del vetusto régimen. Llamada “la tregua de Dios” por Diego Luis Molinari, en esas horas comenzó la demolición del poder central mientras tanto la difusión de la noticia de la derrota era ampliamente replicada en la campaña bonaerense.

La victoria federal en los campos de Cepeda constituyó el comienzo de un nuevo orden sustentado en las autonomías provinciales. La creación de la provincia de Buenos Aires como paso necesario para firmar el Tratado del Pilar, fue otra de sus consecuencias, como también el fin de la Liga de los Pueblos Libres. El equilibrio de poder cambió radicalmente y el Tratado del Pilar lo ratificó. El 23 de febrero de 1820, Francisco Ramírez rubrica el documento que pone fin a la guerra como “Gobernador”; meses más tarde, el 29 de septiembre, es elegido “Jefe Supremo de la República de Entre Ríos”. Sin embargo, la paz duraría poco. Ramírez, tiempo después de doblegar a Artigas, enfrentó las hostilidades de su ex aliado Estanislao López y nuevamente se vio envuelto en una guerra de la que no saldría vivo.



De esta manera cerraba un ciclo de nuestra historia: la República de Entre Ríos que se halló aglutinando también a las provincias de Corrientes y Misiones bajo el poder del Supremo Entrerriano, también sucumbió y poco a poco la vieja ex capital virreinal comenzó a prepararse para volver a decidir y presidir los destinos colectivos.





JUNIO: MES DE LA PALABRA

13 Día del Escritor

15 Día Nacional del libro